

Conferencia del 9 de junio del 2009

QUÉ HICIMOS BIEN Y QUÉ HICIMOS MAL

por Marcos Aguinis

Poco reflexionamos sobre los tres siglos de vida colonial que precedieron a nuestra independencia. Como si no hubiera nada que valiese la pena contar. Es un período extenso, mucho más largo que el 1810 hasta el presente. Los últimos dos siglos se han sobrecargado de peripecias y color; en cambio los anteriores se parecen a un agujero negro. En efecto, además de la fundación de las ciudades y algunos otros acontecimientos esporádicos, el período colonial se desperezó cansino e irrelevante hasta las invasiones inglesas. En 1776 se creó el Virreynato del Río de la Plata, que comprendía cuatro de las actuales repúblicas. Nos parece una decisión remota que dio lugar a una seguidilla de virreyes cuyos enriedos, falencias y realizaciones fueron dispares, menores, con apenas algún destello. Pero en ese mismo año se proclamó la independencia de los Estados Unidos y se puso en marcha una república basada en firmes principios democráticos.

Hacia fines del siglo XVIII parecía disminuir la brecha entre aquel gigante y nuestro país semidesierto, por la subreticia entrada de ideas modernas.

Para sintetizar la historia argentina (y latinoamericana), podríamos decir que hasta la inauguración del siglo XIX predominó la tradición ibérica, con el absolutismo político, el monopolio económico y la castración inquisitorial. Produjo una mentalidad conservadora, primitiva y quietista. Esa tradición perdura hasta ahora, aunque disfrazada con sutiles maquillajes. Pero entonces advino con fuerza otra corriente, diametralmente opuesta, producto de la Revolución Gloriosa en Gran Bretaña (1688), la independencia de los Estados Unidos (1776) y la Revolución Francesa (1789). Se llamaba *Ilustración*.

A esta ilustración adhirieron nuestros primeros próceres. La influencia más potente estuvo a cargo de Francia. Pero la literatura que cambiaba viejas ideas por otras muy renovadoras, tenían los tres orígenes. Por lo tanto, ingresaban de forma clandestina libros de John Locke, David Hume, Voltaire, Rousseau y los visionarios textos de Jefferson, Adams y Madison. Algunos aprendieron lenguas extranjeras para estudiar a estos autores con el entusiasmo de los poseos. El choque de ideas arcaicas y nuevas fue duro. Pero la caída de la monarquía española por obra de los ejércitos napoleónicos facilitó la excusa en toda América latina y también en la oprimida España, para inaugurar algo diferente a la oscura noche de los siglos anteriores.

Existía una abismal diferencia entre la ilustración inglesa y la francesa. La Revolución Gloriosa consiguió cambios radicales a partir de 1688 sin guillotina, ni terror, ni utopías, ni una epopeya que encogiera el corazón. Quitó atributos divinos al rey y exaltó la fuerza del Parlamento, que se convirtió en la expresión de una genuina voluntad popular. De esa forma estableció un sistema político que se perfeccionó y consolidó a medida que pasaba el tiempo y aprendía de la experiencia. Gran Bretaña inició un acelerado crecimiento económico, con injusticias sociales y una fuerte ambición colonial –lo sabemos-, pero basada en semillas que darían finalmente buenos frutos, porque vigorizó la democracia y generó un creciente respeto por los derechos individuales, al extremo de ser la primera potencia en combatir el comercio de esclavos.

La Revolución Francesa, en cambio, instaló consignas bellas pero inalcanzables – por lo menos en el corto plazo- de libertad, igualdad y fraternidad. No se supo si la libertad consistía en que cada uno pensara e hiciera lo que se le dé la gana, y tampoco si la igualdad se refería al comienzo o al final de cada competencia. En efecto, la libertad absoluta podía verse como el fin de la ley, que pone límites, y así fue interpretado por el anarquismo. La igualdad podía referirse a la línea final, adonde todos los competidores llegarían al mismo tiempo, sin poderse establecer diferencias de talento, esfuerzo o mérito, y ninguno merecería recompensa alguna o, por el contrario, podía ser algo tan diferente como una severa igualdad de oportunidades instalada en la línea de arranque, donde no debería existir discriminación, pero se daría lugar a las grandes diferencias que tenemos los seres humanos por el entrenamiento, la motivación, el esfuerzo o la inteligencia. La fraternidad, por su parte, no presentaba óbices teóricos, sino prácticos: ¿es correcto meter en prisión a un “hermano”? ¿es correcto cortarle la cabeza? Y bien, la Revolución del 14 de julio de 1789 no tardó en hacerse intolerante, ver enemigos por doquier y establecer el Terror. Ni libertad, ni igualdad ni fraternidad. La república que sucedió a la monarquía fue reemplazada por el imperio que inauguró Napoleón quien, a su vez, dio lugar al retorno del rey que más adelante fue reemplazado por otra república, a la que sucedió otra monarquía, vencida de nuevo por una nueva república que desembocó en el segundo imperio, a su vez sucedido por la cuarta república que cambió su Constitución para alcanzar la quinta república del presente. ¡Ufa! En otras palabras, la Revolución Francesa irradió características que hicieron trepidar el mundo, porque contenía utopía, persecución, muerte, fuerza imperial y epopeya. Pero una notable inestabilidad. Y la riesgosa tendencia a privilegiar el conjunto por sobre los individuos. Este último rasgo fue adoptado por las ideologías que se consideraban tan revolucionarias y progresistas como el terremoto de 1789, en especial el marxismo y sus derivados fascistas. Karl Marx tomó la Revolución Francesa como el modelo del gran cambio social que se produce en la lucha de clases y que, así como permitió el ascenso de la burguesía mediante la violencia, permitiría el ascenso del proletariado de la misma forma. En parte estuvo acertado, porque la Revolución Rusa de 1917 también cargó utopía, terror y epopeya, aunque se hizo “en nombre del proletariado”, con asesinato de proletarios y su arreo por la “vanguardia lúcida”. Ni el mismo Marx llegó a reflexionar que para investigar, escribir y participar en agrupaciones clandestinas, había elegido Londres (no París); allí el mundo progresaba sin esos elementos “revolucionarios”, se consolidada la estabilidad y la ciudadanía podía expresar en democracia su voluntad, incluso su voluntad de cambio.

En América Latina predominó el modelo francés, aunque los próceres de entonces no ignoraban a los ingleses y manifestaban una intensa admiración por los Padres Fundadores de los Estados Unidos. Pero ocurría que el lamentable Rousseau enamoraba y sus errores no habían aún pasado las pruebas que después lo pusieron en evidencia.

El arresto de Fernando VII condujo a la formación de gobiernos patrios en varios países del continente. Debemos subrayar que el único que no cayó por fuerzas extranjeras fue el de Buenos Aires. Pese a que se utilizaba la “máscara del Rey” de la misma forma en todas partes -incluso Cádiz-, el propósito ardiente era conseguir la independencia y llegar a ser un país moderno y progresista, sin abolutismos fósiles ni la amenaza de la oscura Inquisición. No es casual que el general San Martín, luego de liberar Lima, firmase un decreto de admirable ironía, mediante el cual todos los bienes de la Inquisición pasaban al tesoro de la Biblioteca Nacional, porque allí habitan las ideas –fueron sus palabras- “luctuosas para los tiranos y valiosas para los amantes de la

libertad”. Este episodio cierra mi novela *La gesta del marrano*, como lo recordarán seguramente varias personas de esta audiencia.

El viento primaveral de las dos primeras décadas del siglo XIX no pudo afirmarse y en 1820 falleció Manuel Belgrano tras pronunciar su penosa última reflexión: “¡Pobre patria mía!”, que apliqué como título a mi reciente ensayo. El país se desgarraba entre quienes deseaban volver al tiempo colonial y quienes pretendían avanzar hacia el futuro, según los modelos exitosos de Gran Bretaña y los Estados Unidos. La anarquía entre caudillos (personajes que evocaban a los encomenderos y éstos al Rey) fue domada por Juan Manuel de Rosas, quien recibió el título de “Restaurador de las Leyes”. ¿Qué leyes? ¿Las basadas en los Padres Fundadores de la democracia del Norte? ¿Las de la Revolución Gloriosa? No. Las leyes *previas* a Mayo, las de la colonia española, las del Código de Indias. Anuló la libertades públicas, pasó a degüello mediante la feroz Mazorca a todo pensamiento diferente, redujo la educación, atrasó la economía y convirtió nuestro país en uno de los más pobres del mundo, por detrás de Chile, Uruguay, Perú y Paraguay, por sólo citar a nuestros vecinos. Cuando fue derrotado en 1852, teníamos menos habitantes que Chile, ni una sola línea de ferrocarril mientras los trenes ya se extendían por Europa y los Estados Unidos, sin atisbos de la agricultura moderna, no se conocía el telégrafo, los analfabetos llegaban a un 85 por ciento de la población y la ganadería estaba reducida a los saladeros. Los demás gobernadores estaban cómodos en sus respectivos tronos de rústica madera y se comportaban como jefes tribales, “dueños de vidas y haciendas”, que acomodaban la ley a su gusto y medida. Eramos un inmenso desierto en hombres, en proyectos y en ideas. Los mejores argentinos -con excepciones que se cuentan con la mano- habían partido hacia el extranjero.

Como señalo en mi libro *¿Qué hacer? bases para el renacimiento argentino*, Rosas nos hundió en un valle tenebroso y seco; fugó a Inglaterra dejándonos un territorio miserable y asustado. Pero la sola rebelión de Justo José de Urquiza estimuló el retorno de algunos notables. La creativa Generación del 37 decidió retomar protagonismo pese a que su emblema radiante había sido Esteban Echeverría, quien murió de tuberculosis en Montevideo. Urquiza reveló que no era un simple caudillo, con todas las miserias de los caudillos, sino que además tenía dos cualidades excepcionales para le época: le gustaba leer y era un patriota de verdad. Recorrió asombrado las páginas del flamante libro de Alberdi, lo mandó reeditar y, tras el Acuerdo de San Nicolás de los Arroyos, convocó a la trascendente Convención Constituyente. Se producía una giro copernicano de la historia.

¿Quién era Juan Bautista Alberdi? Un abogado en el exilio que hacía cinco años había comprado la vivienda del cónsul de Frankort en las afueras de Valparaíso. Su mobiliario siempre incluía una pianoforte donde ejecutaba a Mozart, Hadyn, Beerthoven y el reciente Chopin, además de sus propias composiciones, algunas de las cuales anotó en papel pentagramado y son ejecutadas por alguna orquesta. Ya había adquirido notoriedad como abogado y publicaba artículos en *El Mercurio*. En su oficina tenía un retrato de San Martín y un busto de Rivadavia, dos héroes que no se habían llevado bien entre sí, pero que derramaron bendiciones sobre nuestra tierra. Hacía catorce años que Alberdi había abandonado Buenos Aires, asfixiado por la dictadura rosista. La batalla de Caseros lo estimuló a escribir el magnético texto que orientaría las sesiones de la Convención Cosntituyente. Rescató los artículos que ya había redactado sobre otras Constituciones americanas y, con una inspiración que le quitaba el sueño, en pocos meses dio vida a su gran libro *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*.

En la breve Introducción se burló de las Cartas que se sancionaban en América latina. Señaló que América del Norte atraía inmigrantes aún antes de la independencia, al revés de lo que sucedía entre nosotros. ¡Pero necesitábamos gente! –exclamaba. Y propuso la consigna que sería básica: “gobernar es poblar”. Examinó las Constituciones argentinas previas, como las de 1819 y 1826, demostrando que “carecían de garantías para el progreso”. Las comparó con la reciente de California, “que hace de la educación pública un punto capital de la organización del Estado”. Además, era importante respaldar el derecho a la propiedad privada, pues el “descubierto dejado a la propiedad afecta el progreso del país”. Aunque se inspiraba en las legislaciones de Inglaterra y los Estados Unidos, no olvidaba los aspectos específicos de nuestra tierra. Exhibió los puntos débiles de México, cuya Carta Magna “estaba calculada para el atraso”. Fue severo e irónico con Perú: “Si deseaban la despoblación y despedir de su seno a los habitantes más capaces de fomentar el progreso, no habrían acertado mejor”. Escribió sin rodeos que son Constituciones “repelentes y exclusivas, como el Código de Indias resucitado con todos sus malos instintos”. En cambio le entusiasmaba la reciente Constitución de California, donde “sin universidades, ni academias, ni colegios de abogados, el pueblo improvisado se ha conferido una Constitución llena de previsión, de buen sentido y de oportunidades. No tiene retórica, porque todo es simple, práctico y positivo. En cambio cinco años antes se excluían de ese territorio a los disidentes cultos, a los extranjeros y el comercio. Todo era soledad y desamparo bajo el sistema de la América española”. Pero ahora, gracias a su legislación ejemplar, iban a conseguir más oro que todo el que se había extraído bajo el dominio español y sus sucesores imbuidos del mismo atrasado espíritu.

En consecuencia, la Argentina tuvo el privilegio de ser bendecida por dos genios, uno intelectual y otro guerrero. Al luminoso pensamiento de Alberdi lo hizo realidad la jefatura potente de Urquiza. Pero la situación no era fácil, porque este giro progresista y moderno se oponía a la vieja tradición colonial. Ni siquiera se aceptó con agrado la libertad de cultos (aunque se consagrara a la religión católica como el credo oficial), porque semejante concesión se asociaba con la herejía. En este sentido podemos enorgullecernos de haber gozado personalidades constituyentes que se adelantaron en un siglo al Concilio Vaticano II, que consagró la libertad de cultos. También nos habíamos adelantado en un siglo al Pacto de la Moncloa mediante el Acuerdo de San Nicolás, que dejaba en el pasado las rencillas para mirar hacia adelante.

El choque de las dos tradiciones impedía tomar un curso fluido y coherente. Argentina fue dos Estados a lo largo de una década, como Alemania del Este y Alemania del Oeste. La Confederación Argentina, con capital en Paraná, era conducida por el presidente Urquiza. Buenos Aires mantuvo la independencia con gobernadores y legislatura propias. Se realizaron infructuosos intentos para zanjar las diferencias entre ambos Estados hasta que se produjo la batalla de Cepeda, donde ganó Urquiza, pero este hombre era demasiado patriota para humillar a la otra parte y el conflicto no alcanzó su fin. Derqui fue un fugaz presidente entre 1860-61. Entonces volvieron a chocar los Estados en la batalla de Pavón, que muchos historiadores consideraron favorable a Urquiza pero quien, para llegar de una buena vez a la unión nacional, decidió abandonar el campo de batalla. Bartolomé Mitre, jefe de Buenos Aires, se llevó los laureles y reunió el país, convirtiéndose en nuestro cuarto “primer” Presidente (Rivadavia, Urquiza, Derqui, Mitre) pero el primero de una sola Argentina. Tenemos nuestras curiosidades...

A partir de entonces -pese a la guerra con el Paraguay y luego la peste amarilla-, las instituciones se fueron consolidando en torno a la brillante Constitución de 1853/60. La

política inmigratoria se liberalizó, hubo un creciente respeto por la ley, promoción de los derechos individuales y surgió una fiebre educativa de largo alcance. En efecto, Sarmiento designó como ministro de Educación a Avellaneda, quien luego fue un presidente que siguió la misma línea. Más adelante asumió Roca, quien nombró a Avellaneda rector de la universidad de Buenos Aires y al anciano Sarmiento director del Consejo de Educación. Era una vigorosa política de Estado que en poco tiempo produjo un descenso dramático del analfabetismo, llevó a la creación de escuelas, colegios, universidades y bibliotecas públicas en todo el territorio nacional y produjo el nacimiento de diarios, revistas y editoriales cuya potencia se extendió por todo el continente latinoamericano. El puerto de Buenos Aires era tan codiciado por los emigrantes europeos como el de Nueva York. Argentina llegó al primer centenario de la Revolución de Mayo como un país milagroso, que había convertido un desierto asolado por la tristeza y el delito en la “Canaán de la leche y la miel”, como poetizó Rubén Darío mientras vivía entre nosotros. El progreso se manifestaba en todos los aspectos de la vida económica, política y cultural. Hubo choques y desajustes de todo matiz, por supuesto, ningún lugar es el paraíso, pero la tendencia apuntaba a un crecimiento incesante. No existen crecimientos sin crujidos. Los revisionistas de la historia, que no siempre logran disimular su simpatía por el viejo orden absolutista y discriminatorio, han intentado descalificar los logros de entonces. Pero esto se refuta con una respuesta simple: ¿Adónde quieren ir los migrantes? ¿No van del pasado al futuro, del atraso al progreso? ¿Por qué había tantos extranjeros en esos años y los siguientes en los campos y ciudades argentinas?

En lo económico nuestro país llegó a ser la octava potencia mundial y su PBI era superior al de la suma de todo el resto de América latina. Asombroso. Personalidades de diversos orígenes venían a contemplar el prodigio argentino. Por cierto que muchos también descubrieron fallas, que más adelante se irían agrandando. Pero en esa época prevalecía la cultura del trabajo, la cultura del esfuerzo y la cultura de la decencia. Eramos una locomotora que marchaba a todo vapor, como se metaforizaba entonces.

Se suele marcar el golpe de Estado de 1930 como punto de inflexión a esa maravilla. Pero cualquiera sabe que toda enfermedad tiene una incubación previa, aunque haya sido silenciosa. La incubación del retroceso se produjo en la década de los años '20, que lucían como los más gloriosos. El mal provenía del veneno que se desparramaba por Europa y extendía al mundo, basado en las filosofías de Rousseau, Hegel, Fichte, Marx, entre otros. En 1922 se produjo la Marcha sobre Roma y se estableció el fascismo en Italia. En 1923 Hitler protagonizó su *putsch* en Munich. En 1925 Stalin expulsó a Trotsky y se alzó con todo el poder en la Unión Soviética. Los totalitarismos tenían vasos comunicantes. Mussolini frenaba las críticas a Stalin y Stalin se regocijaba con la judeofobia de Hitler. Todas esas manifestaciones absolutistas odiaban la democracia, manipulaban la opinión pública, asesinaban a sus críticos y aplastaban los derechos individuales. Como frutilla para el postre latino, en Italia surgió el nacionalismo católico que, incentivado por la nunca muerta tradición colonial ibérica, floreció rápido en la Argentina. No es casual que un poeta de la talla de Leopoldo Lugones haya proclamado en 1926, cuando el centenario de la batalla de Ayacucho, que “¡Ha llegado la hora de la espada!”.

El golpe de 1930 fue realizado por el general Uriburu al frente de los cadetes de la Escuela Militar. Era un general retirado que no contó con el respaldo de los oficiales en actividad, quienes respetaban la Constitución y las leyes. Pero la adhesión de la sociedad civil, obnubilada por ideas antiliberales, fueron arrastrándolos hacia el camino equivocado. Uriburu quiso reemplazar la Constitución que nos regía por otra claramente

corporativa y fascista. Fracasó en su empeño, por suerte. Pero la década de los '30 fue extraviándose del camino recto que había prevalecido hasta entonces. Las ideas estatistas, nacionalistas y controladoras, añadidas a una aceptación del fraude, empañaron el futuro. En 1943 se produjo otro golpe de Estado, que tenía los mismos rasgos fascistas del primero, sólo que más profundos y agresivos. Entre los militares que lo efectuaron cumplía un rol ideológico central el coronel Perón, que admiraba a Mussolini. La simpatía por el Eje determinó una neutralidad costosa que recién fue superada poco antes de terminar la Guerra. Pero nacía un populismo de largo alcance que produjo la conversión de los tres valores fundamentales que mencioné hace un rato en sus opuestos. La cultura del *trabajo* pasó a ser la cultura de la *mendicidad*, la cultura del *esfuerzo* la del *facilismo* y la cultura de la *decencia* la cultura de la *corrupción*. Cada año que pasaba esto se incrementaba. La consecuencia inevitable fue una decadencia en todos los órdenes, con franca oposición a lo que había sucedido en la Argentina desde la segunda mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX.

Ahora cunde la anomia y hasta se violan sin rubor artículos constitucionales. No hay independencia de los tres poderes, como corresponde a una verdadera república; los fiscales y los jueces tienen miedo a las arbitrariedades del Consejo de la Magistratura, que es un instrumento del poder Ejecutivo; se ha enlodado el acto comicial mediante el engendro de la candidaturas tetimoniales; se presiona sin rubor desde el mismo púlpito presidencial a la prensa; se viola el derecho de propiedad; la coparticipación federal es objeto de una manipulación grosera; se falsean hasta con carcajadas los índices oficiales. Y el resultado de semejante desquicio es una decadencia educativa sin precedentes, la ausencia de políticas sanitarias efectivas, un terror a invertir en el país, el aumento de la pobreza con altos niveles de desocupación, una inseguridad que quita el aliento y la invasión monstruosa de la droga. Mientras, al discurso oficial habla de distribución de la riqueza y un mejoramiento en todos los rubros. Esto último es una prueba adicional de que al haber abandonado el camino que se inauguró en 1853, también nos hemos vuelto más idiotas.

¿Hay solución? Por supuesto que sí. No será tan fácil y contundente como la que impusieron Alberdi y Urquiza. Pero ella pasa por la actualización urgente, sistemática e intensa de nuestras ideas. Debemos dejar atrás las ideas cadavéricas, utópicas y engañosas, para reemplazarlas por las que atraen la inversión, abren fuentes de trabajo y premian el respeto a la ley. No hay secreto ni misterio.